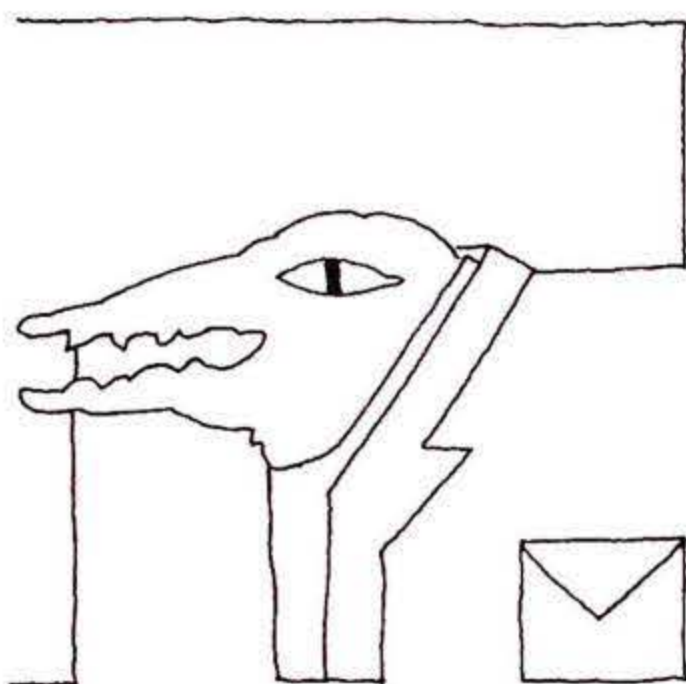


bién sus épocas de euforia, y entonces se decide cantar un himno, que deberá estar acompañado, lógicamente, por un escudo y una bandera, símbolos sin los cuales no estaría completo el municipio.



En algunos casos, como en Urrao, por ejemplo, se tiene suerte y un bello himno puede ser cantado con la frente en alto. El himno que le adjudicaron a Pueblorrico resulta vergonzoso y lamentable en todo sentido. Su autor desconoce la métrica, indispensable para el canto, y lo que es peor, sus conceptos, de cándida inocencia, suenan demasiado cursis y ridículos. Parece que lo cantan. Inténtelo usted:

*Tus cafetos ofrecen lo rico
que esta tierra da en producción,
yo no sé pero a mi Pueblorrico
lo quiero y lo siento sin ninguna
[traición.*

JAIME JARAMILLO ESCOBAR

Una cartilla de tradiciones

Leyendas populares colombianas

Javier Ocampo López

Plaza y Janés, Bogotá, 1996, 384 págs.

Leyenda: cosa digna de ser leída, decían los latinos. Leyenda popular: cosa digna de ser leída por el pueblo. Cabría decir, para empezar, que si bien la literatura colombiana ha estado tradicionalmente infestada de mohanes y

patasolas, en este libro, bellamente editado, he encontrado por fin el amplio espectro de las leyendas colombianas ubicado en su verdadero ámbito. (No se entiendan estas palabras en demérito de otras obras como *El cachalandrón amarillo* de Castro Caycedo, cuyo tema, siendo el mismo, es de índole muy diversa). Ni demasiadas pretensiones, ni el pedestre descuido al que nos tienen acostumbrados los editores. Este libro se presenta, a mi entender, como una breve recopilación, con ánimo didáctico más que literario, de las principales leyendas que adornan el folclor de todo el país, o de los diversos países, de eso que llamamos Colombia.

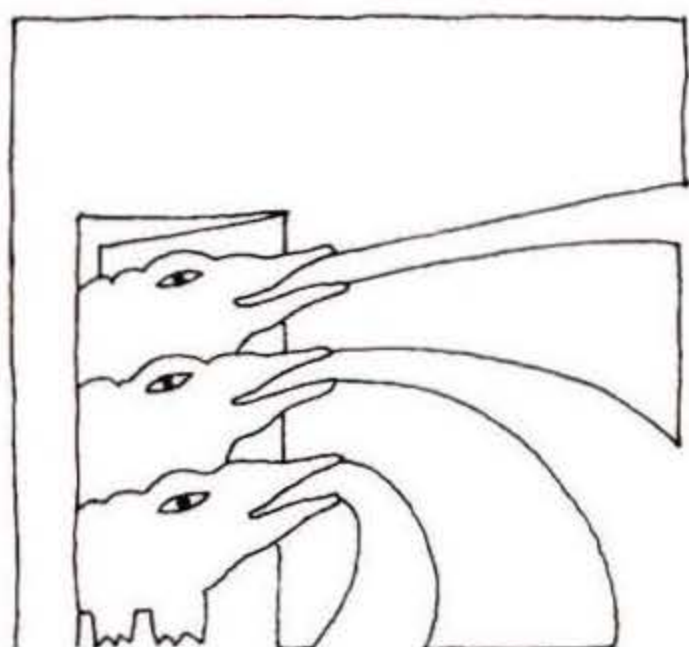
El historiador Javier Ocampo López, natural de Aguadas y residente de tiempo atrás en Boyacá, consigue algo sorprendente: presentar metódica y ordenadamente, en un lenguaje llano y sencillo, un cúmulo de las más diversas leyendas. El libro parece destinado a los alumnos de bachillerato. Es un libro para colegio, sin duda alguna, y cumple varios cometidos. Primero: regionaliza; las leyendas están divididas en atención a las diversas regiones nacionales. Segundo: homogeneiza la percepción de la leyenda, separándola del cuento, de la fábula y del mito, traduciendo a un mismo patrón la narración, siempre corta —no más de tres o cuatro páginas para cada una— sin dejar de particularizar sus elementos distintivos. Tampoco incurre en el error frecuente de tratar de aplastar al estudiante con un montón de referencias eruditas. Apenas, y al final de cada sección, aparece un muy completo resumen de notas, en las que el interesado puede rastrear las fuentes originales de cada leyenda. Así, la lectura se hace interesante en materias a veces tan áridas y nos va regalando a cada paso aspectos que desconocíamos de relatos que conocíamos. Ocampo López ha recogido sorprendentes leyendas indígenas. El libro mezcla, de una manera por demás pintoresca, las leyendas precolombinas con las de la conquista —algunas muy hermosas, como la del venado de oro del cerro de Guadalupe—, e incluso con episodios de la tardía historia colonial o de la historia republicana, como los que son tomados de las *Reminiscencias* de Cordovez Moure o de la

historia bogotana de don Pedro María Ibáñez. Estos últimos son, desde luego, parte integrante de la Historia; quiero decir, hechos comprobados, así estén envueltos en el halo de la tradición oral y de las adiciones que con el tiempo van haciendo los juglares y cuenteros.

Algunas de estas leyendas son impresionantes y —por qué no decirlo— casi nunca aparecen en los libros. Si bien repito que nos tiene fastidiados con tanto mohán y patasola, episodios como el del suicidio colectivo de los tunebos de Güicán han pasado silenciados por la historia oficial y merecen ser rescatados y, más que en las academias, puestos al alcance de las gentes sencillas en libros como éste. Me han llamado la atención leyendas como la del emplazado (que estaba, creo, en Cordovez Moure), que repite una tradición cara a nuestra historia: la del hombre que, injustamente acusado, muere en el patíbulo, desde donde emplaza a sus verdugos a comparecer ante el Altísimo para probar su inocencia. En resumen, la leyenda cuenta cómo el presidente de la Nueva Granada, don Francisco de Sande, el “doctor Sangre”, acusa tendenciosamente de robo al licenciado Salierna de Mariaca. A punto de morir, el licenciado emplazó al presidente para que dentro de los nueve días siguientes compareciera ante el tribunal de Dios. Esta leyenda repite, en nuestra colonia, el episodio del emplazamiento del último de los templarios, Jacques de Molay, así como el de Fernando IV, rey de Castilla y León, quien promueve el injusto proceso y la muerte de los Carvajales, a tal extremo que en el último momento los condenados emplazaron al rey para comparecer ante Dios en el término de treinta días. De igual modo repite el episodio del emplazado por el asunto de los pasquines que narrara Rodríguez Freile.

Pero lo más curioso me ha resultado la mezcla que hace el autor entre leyendas legendarias, si es dable decirlo así, y leyendas con base histórica, que a veces no tienen nada de leyenda, como en el caso de don Pedro Crespo y Dionisia Mosquera en Popayán, o el de Inés de Hinojosa y Pedro Bravo de Rivera en Tunja, o el de la Gaitana y el conquistador Pedro de Añasco. ¡Cuántos Pedros en las redes de las leyendas!

En la leyenda del virrey Solís no se nos explica el porqué del escándalo en su relación con la Marichuela, tanto más cuanto se la ha tratado de mostrar siempre como mujer de mala vida. Se ha conjeturado que la "Marichuela", doña María Lugarda de Ospina, era hija natural y como tal estaba compeliada a un régimen jurídico de excepción. Lo que han pasado por alto quienes han estudiado este tema, es que la corona no temía tanto a los criollos como a los virreyes enviados a las Indias, quienes con un poco de iniciativa y de ambición podían, con probabilidades de éxito, independizarse de España. Esta política explicaría medidas tan drásticas como aquella que prohibía a los virreyes casarse en las colonias. De ahí el idilio romántico y desdichado del virrey José Solís y de la "Marichuela", cuyo único óbice para una boda era tan lamentable medida. Así se vieron convertidos en pobres Romeo y Julieta de oficina. Eso fue suficiente para castigar a la dama con el destierro en las "selvas de Usme" (!) y para que el virrey se separara voluntariamente de su cargo para tomar las órdenes menores.



En el libro aparece igualmente el fantasma del doctor Russi, una especie de Moreno de Caro del siglo XIX, así como la figura, ya un poco olvidada, del padre Almansa y sus milagros, que ya fuera recordada en una hermosa crónica de Luis Eduardo Nieto Caballero (Lenc).

En el aparte dedicado a las leyendas de Cundinamarca sobresale la de la Campana del Diablo, en Fómeque (que entre otras cosas es la que ilustra la carátula del libro), y que fuera contada por José Antonio León Rey en *Tierra embrujada* (1942).

Para finalizar, es dable afirmar que, no teniendo el libro mayores pretensiones, sería tal vez injusto reprocharle algunas faltas leves. No otra cosa diremos de su cotejo contra la Historia. Baste decir que, desde luego, el libro abunda en imprecisiones históricas, como lo quiere toda leyenda.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Neurolingüística en Colombia

Fundamentos neuropsicológicos del lenguaje

Luz Amparo Fajardo Uribe
y Constanza Moya Pardo

Instituto Caro y Cuervo, Santafé de Bogotá, y Ediciones Universidad de Salamanca, 1999, 109 págs.

Siempre resulta grato presentar una obra de categoría, en especial si tiene que ver con las ciencias del lenguaje, como es el caso de *Fundamentos neuropsicológicos del lenguaje*, libro escrito por las investigadoras Luz Amparo Fajardo Uribe y Constanza Moya Pardo. La publicación, a cargo del Instituto Caro y Cuervo y la Universidad de Salamanca, permite intuir desde el comienzo la seriedad del escrito y su interés en diferentes disciplinas preocupadas por las cuestiones neurolingüísticas. La obra tiene las ventajas de ser, primero, uno de los pocos textos existentes sobre tal cuestión en nuestro idioma y, segundo, la calidad y claridad metodológica con que fue preparado. Todo ello permite recomendar la lectura de esta valiosa obra, que forma parte de la serie Aguas Vivas, y esperar que otros investigadores sigan los pasos de este par de talentosas mujeres.

Introducción

El lenguaje desempeña un papel mediador entre el mundo interno del sujeto y el medio ambiente, reduciendo éste último a representaciones cognoscibles y comunicables.

La palabra organiza el mundo material, psíquico y espiritual, es la fuente de

la consciencia del hablante, quien, situado en un contexto, crea por asociaciones mentales su experiencia individual. Esta 'semiosis infinita' da *sentido* a la realidad fija y mantiene las culturas.

Consciencia y significado, fenómenos intercambiables, pasan por fases de desarrollo en las que el niño efectúa enlaces permanentes y móviles intersíquicos e intrapsíquicos; así reconstruye permanentemente el mundo hasta alcanzar una mayor elaboración mental de éste.

El lenguaje es, pues, producto de funciones cerebrales complejas que permiten crear, expresar y comprender símbolos mediante los cuales, a la par que desarrollos en el pensamiento, influimos sobre la realidad exterior acomodándola a nuestras necesidades inmediatas o mediatas.

Capítulo I

¿Qué es la neurolingüística?

Según las autoras, "el objeto de la neuropsicología del lenguaje es el estudio y la comprensión de los substratos neurológicos subyacentes al lenguaje, tanto en su normalidad como en su misma patología". Para ello se hace indispensable una descripción fisiológica detallada de las áreas cerebrales, asignándoles las funciones respectivas para, en última instancia, poder describir las distintas correlaciones que se establecen entre éstas y las percepciones. Por ende, la neurolingüística se desenvuelve en el campo de la neuropsicología, dedicándose con exclusividad a explicar la relación cerebro-lenguaje o, en otras palabras, el papel del lenguaje en la cognición en cuanto producto de la interacción del individuo con el medio ambiente.

Capítulo II

Lenguaje, pensamiento y cerebro

En términos generales y un tanto imprecisos, la relación entre lenguaje, pensamiento y cerebro puede ser descrita a través del *signo*. Como instrumento cognoscitivo el signo —y con él toda manifestación del lenguaje— contribuye a formar las funciones mentales superiores que encuentran soporte "material" en los procesos electroquímicos del órgano cerebral; es decir, que el ce-